



Cuando pasé de la ginebra al whisky, sin que nadie se diera cuenta, me había graduado de periodista. Cuando pasé del whisky a más whisky y la policía me sacó del bar luego de una pelea espectacular -nunca agradeceré lo suficiente que el poeta y animador cultural Tom Lupo me haya alcanzado, a través de la ventanilla del patrullero, la cartera- me había graduado de alcohólica (todavía me faltaba el posgrado).

\*

Desde fines del siglo pasado el alcohol se convirtió en signo de degeneración de la clase obrera, fractura de la familia, y fuente de enfermedad y miseria. La imagen del dandy con la galera ladeada paseando con una copa en la mano, o la de los honestos curas de aldea que se prenden al badajo de la campana con la nariz roja y los vasos reventados bajo la piel, fue remplazada por la de una turba grisácea que, entre la fábrica y la vivienda económica, intentaba degradarse sin las alturas poéticas de un Poe o un Baudelaire. La alentadora metáfora “sangre de Cristo” y el hecho de que nuestro Señor inició su vida pública en las bodas de Caná precisamente reponiendo el vino que faltaba, parecía materia de una sociología atea y apocalíptica. Sin embargo, cuando se cerraba una taberna el motivo no era el embotamiento de los sentidos que amenazaba la productividad de las fábricas, sino la posibilidad de que, en ese espacio, los obreros complotaran intercambiando información, ideando estrategias de lucha o -mediante una cierta estabilidad alcohólica- soltaran la lengua sin utilidad alguna para sus patrones, a fin de liberar sentimientos y sueños. A veces fingían la intención de beber para no despertar sospechas y expresaban en voz alta la intención de boire un litro. En la fábrica, en el uso de la fuerza y en el movimiento de los músculos, la conciencia percibe constantemente el gasto y, paulatinamente, la merma de las funciones. En el hogar todo evoca -alimento, sueño- la reparación para el día siguiente; la presencia de los hijos indica la cadena viviente de la que, a la larga, uno saldrá expulsado. En el bar, en cambio, es posible el olvido de la finitud. Es un placer cuando el alcohol, al bajar por los distintos órganos de la ingestión, limpia y calienta -como si se tratara de un nuevo naci-

miento- el interior del cuerpo y, al mismo tiempo, anestesia los efectos del trabajo diario. Al beber se escapa a la red de lo útil dando un sentido jodido al hecho de alimentar la fuerza de trabajo. Me iba haciendo filósofa del alcohol, sino su apolo-gista. Mientras tanto, seguía bebiendo.

\*

Alex Bar estaba abierto toda la vida. ¿Por qué se me aceptaba entre aquellos que me llamaban “la profesora” y de los que siempre recibí un respeto protector. ¿Porque era rubia (relativamente), pertenecía a otra clase social, porque “estudiaba”? ¿O porque en el bosque de la noche no se hacen preguntas? Pero las damas no suelen beber tanto alcohol de 40 grados, al menos en público. Es allí donde el feminismo tiene su límite. Nunca el prestigio de la brillantez ebria de una mujer superará al de un caballero. Un borracho que pertenece a una tribu de abolengo etílico puede ser gracioso, una dama repulsiva. “El borracho también”, dirán los que han soportado de un amor, de un pariente o un amigo esa repetición que se convierte en letargo, balbuceos, manotazos obscenos. Lo cierto es que, a pesar de haberme visto llorar, ayudado a cruzar la calle, alcanzado pacientemente los libros luego de que le echara un chorro de soda en la espalda a un policía, creo que en Alex Bar siempre fui considerada una dama. Por algo don Pelegrino me había bautizado Jackie o solía presentarme como la Carolina de Mónaco del Once. ¿Una dama? Todo alcohólico ignora en qué momento exacto pasó de ser el Dr. Jekyll para convertirse en Mr. Hyde.

De aquellos tiempos guardo un diario con el que intentaba preservar lo que podía de mi memoria: “No soporto el aliento de la noche anterior. Hace más de un año que duermo vestida. Apenas me baño, salvo ante la expectativa de un encuentro erótico que se diluye cuando el vaso gana de mano. Hoy tuve dificultad para servirme agua. El brazo me temblaba como si tuviera voluntad propia. Volqué la mitad. El mozo me miró raro. A esto la vieja Duras lo llama flapping, seguramente una invención norteamericana. Mi analista dice que no estoy tan mal puesto que escribo. Que nadie escribe a punto de desmoronarse, que las cartas de los suicidas no son elocuentes, etcétera.



¿Y si escribir no fuera lo que me sostiene, sino el verdugo líquido que difiere el momento de tocar el punto mortal, prolongando la agonía que es visualizada como “salud” puesto que aún escribo? Dicen que para parar hay que haber tocado fondo. El problema es cuando se cae de una altura media. El gato, desde un primer o segundo piso, no tiene tiempo de usar la cola como pararrayos, del quinto sobrevive. Es decir: no tengo cirrosis hepática ni convulsiones. Si he llegado al coma, mis discretos amigos han tenido la piedad o la irresponsabilidad de considerarlo un sueño profundo. Cómo me gustaría, en lugar de esta angustia, tener un síntoma físico que me sacara del mundo al hospital, entonces no sufriría así. Cuando duele la muela nadie está enamorado. Y el dolor de muelas desaparece si a uno le cortan una pierna. Sabiduría de los chistes populares”.

El alcohol es una patria. Por eso no se la pierde. Sólo que se puede estar exilado de ella. Qué más argentino que un exilado unitario conspirando en Montevideo en los tiempos en que el restaurador cortaba los cuellos en forma de violín -o violón-, o que los montoneros escuchando tango en Colonia Roma, en el Distrito Federal, mientras planeaban la contraofensiva durante la dictadura militar. El alcohol es un Dios, por eso se puede creer en Él sin que esté presente, y por eso también se puede ¡dejar de beber!

\*

Dejé de beber sin saber cómo, del mismo modo que no sabía cómo había llegado a despertar sin ningún recuerdo de la noche pasada. Lo hice por alguien, pero eso es un secreto. No lo hice sola, y ese es otro secreto que es fundamental para mantenerme sobria.

Durante un tiempo sostuve, a la manera del orgullo gay, una suerte de orgullo alcohólico, ignorando que la culpa, la autodenigración y el deseo de darse muerte -síndrome del día siguiente- son esenciales a la experiencia de beber desenfrenadamente. Nada alegre (nada gay). Pero puedo aclarar que lo que decía en broma estando en carrera era rigurosamente trágico: “El otro es todo lo que está del otro lado de mi copa”. Y mi copa era de vidrio grueso, tallado, sin transparencia. Ahora que no veo doble puedo ver a muchos, ahora que no estoy en poder del gran totalitario puedo aceptar la superioridad de algunos y desear a otros. Porque uno de los efectos de dejar una adicción es la reaparición del deseo en su diversidad y confrontación.

Quedaría muy bien decir que paré por vergüenza. Que sintiendo que había hecho tanto mal -eso, con el tiempo se va, sino atenuando, volviendo relativo-

no me correspondía sino estar lo suficientemente lúcida como para intentar repararlo. Es horrible haber tenido que escribir cartas disculpándome por algo que ni siquiera recordaba y sobre lo que los otros podrían estar mintiéndome. Un bebedor sin límites jamás sabe si cometió incesto -digan lo que digan- o si ha pecado de omisión hasta el punto de ser cómplice de una muerte. Si el olvidar es siempre una selección y edición de los recuerdos que oscilan entre los felices y los soportables, para el alcohólico gran parte de ellos pertenecen a la selección y memoria de los demás.

El desenfreno es una negociación. Suele ocupar el lugar de algo más insoportable, como el suicidio o la locura. Por eso es común que la cura, al dejar al desnudo al enemigo principal, mate. Truman Capote tenía un amigo que había muerto muy poco después de entrar en sobriedad, quizás a merced de una tragedia que el alcohol atenuaba entre sus vahos. Raymond Carver murió diez años después del día en que dejó de beber. Marguerite Duras paró cuando ya tenía edad para morir, sin embargo, atinó a levantar una pancarta: “Lo malo de morir es dejar de beber”. Graham Greene llegó a los ochenta sustituyendo el té, en su taza de las cinco de la tarde, por un scotch doble; pero era británico -a veces pienso en que el mundo se divide en abstemios, bebedores, alcohólicos y británicos. Se puede parar y salvar la vida, lo cual nos dará más oportunidades de llegar a viejos y -según un artículo que leí en Newsweek- morir del mal de Alzheimer. En rigor: se para a cambio de nada. Y a ese desafío ningún borracho podría resistirse. Pero esto es otra vez la jactancia. Dejé de beber porque no soporto que el placer se transforme en “no sufrimiento”. Porque las identificaciones tienen una fecha de vencimiento: hoy me pareció menos gracioso parecerme a Bette Midler borracha bajando del avión en la película La rosa, o a Nancy rompiendo una cabina de teléfono en Sid y Nancy. Porque me estaba matando y porque -y este es el mayor secreto confesado en esta nota- después de todo tal vez sí quiera ser una dama, y las damas no se matan copa a copa, sino disparándose un tiro con una pequeña pistola con mango de nácar. Cuando dejé de beber -y no puedo prometer que para siempre, ni siquiera hasta mañana- me encomendé a otros con los que comparto mi alejamiento del Dios del color de la cebada. Ellos son mi mangosta y, paradójicamente entregándome a esa voluntad superior a la mía, me siento más dueña de mí misma. Ya sé que la mangosta que el hombre del cuento llevaba en la jaula no era real, pero ésta es mía.

